

El desarrollo institucional de la sociología

y la consolidación de las prácticas académicas en la Argentina en los últimos años

POR JUAN PEDRO BLOIS¹

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad Nacional de General Sarmiento
pedro.blois@gmail.com

La creación del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES), heredero del Instituto de Altos Estudios Universitarios de la Fundación Banco Patricios fundado a principios de los años noventa, fue parte central de un proceso más amplio de renovación del escenario de la sociología local iniciado con la vuelta de la democracia. Ese proceso estuvo signado por la multiplicación de las instituciones donde se enseñaba y desarrollaba la disciplina y por la rutinización de un conjunto de prácticas académicas que, a la luz de la conflictiva trayectoria previa de la sociología en el país, se destacaba por su carácter acumulativo y relativa continuidad.

En efecto, si asumimos una perspectiva de largo plazo que se inicie con la creación de la primera carrera de sociología a mediados del siglo pasado, es posible identificar dos fases claramente contrastantes: una primera caracterizada por las frecuentes rupturas institucionales y por las claras reorientaciones en las formas de hacer y de concebir la sociología (Sidicaro, 1993; Verón, 1974) y otra signada por una mayor estabilidad y crecimiento institucional (Murmis, 2007). Mientras la primera fase estuvo en general sometida a la dinámica del campo político, la segunda fase registra una mayor distancia o autonomía, de modo tal que las periodizaciones políticas ya no proporcionan, como ocurría antes, un marco posible para los principales hitos de su cronología (Sigal, 1991). Sin dudas, la situación política más estable consolidada a partir de los años ochenta favoreció el despliegue de las iniciativas que se proponían expandir y consolidar la enseñanza e investigación sociológica, motorizando la generación de nuevas formas de pensar y practicar el oficio de sociólogo, así como el despliegue de un conjunto de novedosas líneas de estudio.

Tomando el vigésimo aniversario de la fundación del IDAES como una excusa para reflexionar sobre la evolución reciente de la sociología en la Argentina, este breve artículo se propone examinar esa evolución a la luz de la trayectoria de largo plazo de la disciplina en el país. Dado las limitaciones de espacio, nos concentraremos en dos puntos: por un lado, en el proceso de diferenciación institucional del escenario de la sociología local, signado por la pérdida de la centralidad simbólica

1. Licenciado en Sociología y Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Investigador del CONICET y profesor de la UNGS. Fue investigador visitante en la FCPyS de la UNAM y del IESP-UERJ y becario del CONICET, del CNPq, de CLACSO y de la Red Macro. Es autor del libro *Medio siglo de sociología en la Argentina. Ciencia, profesión y política (1957-2007)* (Eudeba, 2018), así como de artículos publicados en revistas nacionales y extranjeras.

y material de la Carrera de Sociología de la UBA (Benzecry y Heredia, 2017; Blois, 2018); y, por el otro, en algunas dimensiones y visiones sobre la práctica académica más actual.

I

Cuando se examina el desarrollo de la sociología en la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX es usual hacer referencias al carácter accidentado que signó su derrotero (Sidicaro, 1993). Lejos de un proceso progresivo de institucionalización, se produjo una sucesión desordenada de etapas donde las referencias intelectuales, las formas de trabajo y los espacios de inserción variaban sustancialmente. A lo largo de esa historia, buena parte de las iniciativas institucionales que buscaban alentar el despliegue de la disciplina (revistas, centros de investigación, asociaciones profesionales, espacios de formación, etc.) tuvieron una breve existencia y aquellas pocas que consiguieron perdurar en el tiempo estuvieron sometidas a profundos quiebres, en los que poco parecía perdurar del momento anterior. Mirado a la luz de otros casos nacionales, ese desarrollo llama la atención por su carácter conflictivo, que incluyó momentos de franca “desinstitucionalización” (Trindade *et al.*, 2007). Pero también por tratarse de un escenario intelectual que tuvo como polo principal el desarrollo de una carrera de grado: la Carrera de Sociología de la UBA. Esa institución, en efecto, pese a los vaivenes que la aquejaron, tuvo desde su creación en 1957 un lugar protagónico en el escenario de la sociología local. No sólo fue el espacio de formación que a lo largo del tiempo contó con la matrícula de estudiantes más elevada y el plantel docente más numeroso; sino que la mayoría de los sociólogos más reconocidos se formó en este ámbito, lo que le acordó una fuerte visibilidad. Sólo en el período de la dictadura militar, cuando sufre de modo particularmente pronunciado los embates de la represión –fue separada de la Facultad de Filosofía y Letras donde había sido fundada para ser alojada en los sótanos de la Facultad de Derecho–, la Carrera operó en el marco de una evidente marginación, con una matrícula estudiantil en franco retroceso y un cuerpo de profesores con escasos antecedentes o reconocimiento (Blois, 2009; Raus, 2007).

Contemplada a la luz de la historia previa, la fundación de la Carrera de Sociología de la UBA constituyó un claro punto de inflexión (Blois, 2018). Si bien es cierto que la sociología no “nació” en ese momento (Pereyra, 2007), su creación conllevó un profundo impacto en el escenario de la sociología local. Por un lado, la puesta en marcha de una carrera de grado implicó el reconocimiento dentro del campo universitario de la sociología como una disciplina autónoma y no ya como un insumo para la enseñanza de otras carreras (derecho, economía, historia, filosofía, etc.) (Blanco, 2006), destinado a ampliar los horizontes culturales de unos estudiantes que en el futuro no harían de la sociología su ocupación principal. Por otro lado, su creación sentó las bases para el desarrollo de una nueva comunidad profesional, formada sistemáticamente y no ya de manera autodidacta, reconocida por la universidad y el Estado y en mejores condiciones, por ello, para disputar el trabajo de quienes venían produciendo conocimientos y formas de intervención sobre “lo

social”. Finalmente, la fundación de esa carrera conllevó la creación de una serie de oportunidades laborales cuyo volumen no tenía antecedentes en el escenario de la sociología local (más si se tiene en cuenta que, al menos inicialmente, predominaron las dedicaciones exclusivas). No debería extrañar entonces que prontamente la Carrera de la UBA se configurara como una institución central para quienes se reconocían y buscaban ser reconocidos como sociólogos.

Semejante centralidad fue reforzada por la ausencia de otras carreras con equivalente gravitación. Es cierto que, emulando la iniciativa de la UBA, se crearon carreras de grado en varias universidades privadas de la zona metropolitana –en la Universidad Católica Argentina (UCA) y la Universidad del Salvador (USAL) pero también en la Universidad de Belgrano (UB) y la Universidad de Kennedy– (Kratochwill, 1970); y en algunas universidades públicas del interior (en San Juan, Mendoza y Mar del Plata). Pero esas iniciativas, aun cuando en algunos casos concitaron el interés de un buen número de estudiantes, no pudieron en general consolidarse en el tiempo, siendo prontamente víctimas del clima represivo instalado desde mediados de los años setenta. Mientras en las universidades públicas se decidía el cierre de esas carreras como parte de las estrategias tendientes a restaurar el “orden” y terminar con la “subversión” (Rodríguez, 2015), en las universidades privadas la baja en la matrícula, tanto como el carácter conflictivo de su estudiantado, llevaron a una misma decisión. Sólo la carrera de la USAL se mantuvo abierta durante los llamados “años de plomo”, ofreciendo un espacio relativamente protegido de la intervención gubernamental a quienes tuvieran interés por enseñar y estudiar sociología (Blois, 2009).

La centralidad de la Carrera de la UBA fue también reforzada por el escaso desarrollo del nivel de posgrado en Argentina. Si bien la idea de un doctorado en sociología no había sido ajena a las intenciones de quienes impulsaron la creación de la Carrera de la UBA –figuraba en el plan de estudios de 1958–, su puesta en marcha se reveló impracticable. Es que la instauración de semejante empresa demandaba una serie de recursos humanos y materiales que brillaban por su ausencia. A diferencia de lo ocurrido en otros países latinoamericanos donde las autoridades políticas se implicaron de modo decidido en el impulso de las ciencias sociales (Beigel, 2010; Blois, 2015), en nuestro país los recursos que sustentaron la institucionalización de la sociología provinieron en lo esencial del exterior (centralmente de las fundaciones filantrópicas norteamericanas) y estuvieron abocados principalmente a la puesta en marcha de la carrera de grado (Verón, 1974). Fueron esos recursos los que posibilitaron el envío de jóvenes sociólogos a completar sus estudios en el exterior con la idea de reinsertarse luego como parte del cuerpo de profesores de la novel carrera, así como la invitación de profesores extranjeros para reforzar el cuerpo docente –no muy nutrido– en esos primeros años (Blanco y Wilkis, 2018; Diez, 2008). En esas condiciones, como apunta, Sigal (1991), los estudios de sociología en el país asumieron desde entonces un carácter “trunco”: quien quisiera obtener un título de posgrado debía dirigirse al exterior.

Hubo, con todo, algunas instancias que buscaron suplir ese déficit. En principio, cabe mencionar aquí la labor de los centros privados de investigación surgidos como una respuesta a las crecientes dificultades que el desarrollo de la

investigación planteaba en la UBA (Blois, 2018), sometida desde mediados de los años sesenta a un proceso de creciente politización en el que el cuestionamiento a los recursos provenientes del exterior –los principales recursos disponibles para quienes quisieran desarrollar tareas de investigación–, era moneda corriente (Blois, 2012; Gil, 2011). Esos centros, además de propiciar la investigación y el intercambio intelectual, se volcaron a la formación y perfeccionamiento de recursos humanos. Para ello, ofrecieron un conjunto de seminarios que, ante la ausencia de cursos de maestría y doctorado, fueron una referencia para los graduados que, sin posibilidades de viajar al exterior, quisieran continuar sus estudios. Si los cursos no tenían validez oficial pues el Estado no les reconocía a las instituciones que los ofrecían la posibilidad de emitir diplomas, no dejaban de gravitar como valiosos antecedentes a la hora de proyectar una carrera académica y profesional. Por otra parte, durante la última dictadura, algunas universidades privadas decidieron reorientar su oferta hacia el nivel de posgrado. Así, al tiempo que decidían cerrar sus licenciaturas, crearon programas de maestría y doctorado en ciencias sociales que, a diferencia de lo que ocurría con la oferta de los centros, gozaban del aval oficial. Ahora bien, cabe destacar que, salvo alguna excepción, en estas instituciones no se desarrollaban investigaciones. Ello era así porque las dedicaciones docentes eran dedicaciones simples. Así, aun cuando sus profesores podían enseñar metodología o desempeñarse como directores de tesis, sus labores vinculadas con la investigación se realizaban en otros espacios (Blois, 2018). En esas condiciones, estos posgrados no tuvieron un dinamismo tal que pudiera cuestionar el ascendiente de la Carrera de Sociología de la UBA una vez que, a partir de 1984, recuperase buena parte de su tradicional centralidad en el espacio de la sociología local.

II

Con la vuelta de la democracia se inicia un proceso de profunda reorganización en la Carrera de Sociología de la UBA signado por la expulsión (casi total) de los docentes que se habían hecho cargo de la enseñanza durante la dictadura, la activación del movimiento estudiantil y el retorno de prestigiosas figuras de la sociología, buena parte de los cuales había permanecido en el exilio (Casco, 2008). Ello, junto con el rápido aumento de la matrícula, propició una nueva “centralización” del escenario de la sociología local. Ahora bien, fruto de la estabilidad política inaugurada entonces y merced a un conjunto variado de iniciativas que tomaron fuerza a partir de los años noventa, comienza un proceso que, a partir de la multiplicación de las instituciones donde se enseñaba y practicaba la disciplina, acabaría socavando la centralidad simbólica y material que aquella institución había sabido ostentar desde su fundación.

Para ello fue central la creación de una serie de nuevas universidades, tanto públicas como privadas. Si durante los años ochenta el gobierno radical había restringido el otorgamiento de permisos para la fundación de nuevas casas de estudio, hubo bajo la administración siguiente un fuerte giro: hacia 1995 el número de universidades privadas se había más que duplicado, pasando de 20 a 44 (Buchbinder,

2004). Paralelamente, se crearon seis nuevas universidades nacionales en el área metropolitana: Quilmes, La Matanza, General Sarmiento, Tres de Febrero, Lanús y San Martín. Aun cuando al menos inicialmente las nuevas instituciones no contemplaron la creación de carreras de sociología, montaron áreas o departamentos encargados de la enseñanza de la disciplina, multiplicando los espacios de docencia e investigación más allá de la UBA. El proceso de diferenciación y ampliación institucional no hizo más que fortalecerse cuando algunas de las carreras cerradas durante la dictadura (como la Mendoza y, más recientemente, la de Mar del Plata) fueron reabiertas y otras creadas en distintas universidades nacionales y privadas de la zona metropolitana y del interior. Comenzaron a funcionar desde entonces carreras en la UNLP, la UNVM, la UNCO, la UCES, la UNL, la UNSAM, la UNTDF y la UNC. En conjunto, desde hace unos años, esas instituciones han venido absorbiendo la mitad de los estudiantes de sociología del país (Masseti, 2012), poniendo fin al virtual monopolio de la UBA sobre el proceso formativo de los futuros sociólogos.

Pero el proceso de descentramiento del escenario de la sociología argentina fue reforzado también por el acelerado incremento de la oferta de posgrados en sociología y ciencias sociales, proceso en el que las maestrías ofrecidas por la Fundación Banco Patricios, luego continuadas en el IDAES, tuvieron un papel pionero. Estos espacios no sólo agregaron una instancia de formación que hacía de las carreras de grado, entre ellas la de la UBA, un paso inicial de un camino a ser continuado en la maestría o doctorado, sino que le dieron al despliegue de la vida académica una mayor organización y claridad. Anteriormente, cabe recordar, la asignación de las becas de investigación no estaba atada a la realización de un posgrado. Actualmente, en contraste, ello constituye un imperativo insalvable para quienes tienen una vocación por la investigación científica y la docencia universitaria. Pero también para quienes, insertos en otros ámbitos profesionales, buscan profundizar su formación u obtener una credencial que aumente sus chances laborales (Blois, 2012).

Mirada a la luz de la historia previa, la expansión de los posgrados vino a “completar” e “internalizar” el proceso de formación de los sociólogos en el país que, como vimos, permanecía en buena medida “trunco”. Si bien la obtención de un doctorado en el exterior continuó siendo un recurso valorado en el medio local, ya no constituye el *cursus honorum* privilegiado para quienes aspiran a proseguir una vida académica, como había sido costumbre entre los sociólogos argentinos (Blanco y Wilkis, 2018). La fuerte expansión del sistema de becas y subsidios a la investigación registrado a partir de 2003, con la recuperación del CONICET y el aumento del presupuesto universitario, al tiempo que aprovechó la capacidad instalada en materia de oferta de posgrados, consolidó su gravitación en el escenario de la sociología local.

La expansión del entramado de instituciones académicas fue de la mano de la consolidación de un conjunto de prácticas novedosas. Por un lado, se produjo la multiplicación de equipos y grupos de investigación en diversas universidades y centros académicos. Allí el trabajo pudo adoptar una dinámica menos individual, visible en las reuniones de discusión periódicas, la formación regular de las nuevas generaciones y en la publicación de resultados que, en sintonía con lo ocurrido

en otras latitudes, privilegiaba la edición de libros colectivos en detrimento de las monografías de un solo autor. Por otro lado, la convocatoria periódica para el financiamiento de proyectos de investigación individuales y colectivos, sumada a la consolidación de un calendario de encuentros académicos (jornadas, congresos, seminarios) con un inusitado carácter acumulativo, fomentó la consolidación de la vida académica como un “oficio” de contornos cada vez más claros (Blois, 2018). Semejante entramado social e institucional sentó las bases para la producción de conocimiento sociológico sobre las más diversas áreas cuyo volumen, visible en la producción de tesis de maestría y doctorado pero también en la multiplicación de las revistas científicas (Beigel y Salatino, 2015), no tiene precedentes en el medio local. El avance fue tal que algunos observadores han hablado de una “nueva sociología argentina” (Benzecry y Heredia, 2017), más profesionalizada (Kreimer y Blanco, 2008), construida en diálogo con la producción de los centros mundiales de la disciplina, con base en una esmerada investigación empírica y capaz de incorporar y legitimar temas novedosos a la investigación (Kessler, 2013).

La difusión de las nuevas prácticas, con todo, no se dio sin críticas. Algunos cuestionaron la creciente burocratización de la vida académica, que debía empeñarse en el llenado de un número creciente de formularios y en la recolección obsesiva de certificados. Otros llamaron la atención sobre los efectos de un tipo de acreditación que asociaban a la difusión de lo que, no sin cierta malicia, Ricardo Sidicaro ha referido en más de una oportunidad como el “obrero del *curriculum*”, un personaje más preocupado por la suma de credenciales que por el impacto “real” de su trabajo. En términos generales, no faltaron las objeciones contra lo que se percibía como una excesiva “autorreferencia” de un trabajo intelectual que, en la medida en que se premiaban las experiencias o “créditos” académicos, favorecía la producción de una sociología realizada centralmente para los propios pares (Blois, 2012). La comparación con el desarrollo previo de la disciplina en el que la vocación (e ilusión) por llegar a públicos no especializados dominaba la labor de buena parte de los sociólogos fue entonces moneda corriente (Rubinich y Langieri, 2007), tanto como el cuestionamiento de la “excesiva profesionalización” y la “disociación entre saber académico y compromiso político” (Svampa, 2008: 25). Frente a esos argumentos hubo quienes esgrimieron la idea de la búsqueda del conocimiento “como un fin en sí mismo” en pos de la defensa de una práctica intelectual que no se mimetizara con los discursos “politizados” o “militantes”. La sociología, según estas visiones, no merece más justificación que un “interés científico” o “intelectual” (Blois, 2018). Ahora bien, sea cual sea la posición que se adopte al respecto, y siendo conscientes de que lo que se juega en esas disputas es la jerarquización de ciertos estilos de trabajo en detrimento de otros, parece innegable que la producción de esos debates, análogos a los registrados en otros campos sociológicos de mayor tradición (Burawoy, 2004; Lahire, 2006) constituye una muestra más del grado de desarrollo y volumen que la sociología argentina, actualmente un entramado institucional multipolar, ha alcanzado en el sistema académico y científico en los últimos años.

Referencias

- Beigel, Fernanda (2010). "Desde Santiago. Profesionalización, regionalización y 'nacionalización' de las ciencias sociales", en Fernanda Beigel (dir.): *Autonomía y dependencia académica*. Buenos Aires, Biblos.
- Beigel, Fernanda y Salatino, Maximiliano (2015). "Circuitos segmentados de consagración académica: las revistas de Ciencias Sociales y Humanidades en la Argentina", *Información, cultura y sociedad*, N°32, pp.11-36.
- Benzecry, Claudio y Heredia, Mariana (2017). "Sociology in Argentina", *Contemporary Sociology*, Vol. 46, N°1, pp.10-17.
- Blanco, Alejandro (2006). *Razón y modernidad*, Buenos Aires, SigloXXI.
- Blanco, Alejandro y Wilkis, Ariel (2018). "The Internacionalization of Sociology in Argentina 1985-2015: Geographies and Trends, en Heilbron, Johan, Sorá Gustavo y Boncourt, Thibaud (eds.): *The Social and Human Sciences in Global Power Relations*, Palgrave, Bruselas.
- Blois, Juan Pedro (2009). "Sociología y democracia. La reorganización de la carrera de sociología en la Universidad de Buenos Aires (1984-1990)", *Sociohistórica*, N°26.
- Blois, Juan Pedro (2012). *Obligados a elegir entre el sacerdocio y la prostitución. Socialización universitaria y prácticas profesionales de los sociólogos de la UBA*, Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Blois, Juan Pedro (2015): "La sociología en Brasil y Argentina en perspectiva comparada", *Revista Latinoamericana de investigación crítica*, Vol.2, N°2, pp. 65-88.
- Blois, Juan Pedro (2017). "La sociología como profesión en Argentina desde mediados del siglo XX", *Cadernos de Pesquisa*, Vol.47, N°165.
- Blois, Juan Pedro (2018). *Medio siglo de sociología en la Argentina. Ciencia, profesión y política (1957-2007)*. Eudeba, Buenos Aires.
- Buchbinder, Pablo (2004): *Historia de las universidades argentinas*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Casco, José (2008). "El exilio intelectual en México. Notas sobre la experiencia argentina 1974-1983", *Apuntes de investigación del CECyP*, N°13.
- Diez, Agustina (2008). "Dos caras frente al espejo: una comparación de las sociologías argentina y chilena entre 1966 y 1976", *Sociohistórica*, N°23/24.
- Gil, Gastón (2011). "Ciencias sociales, imperialismo y filantropía. Dilemas y conflictos en torno a la Fundación Ford en la Argentina de los '60", *Revista Argentina de Sociología*, Vol. 8-9, N°.15-16.
- Kreimer, Pablo y Alejandro Blanco (2008). "Sociologie et démocratie? Un panorama de la discipline en Argentine entre 1983 et 2007", *Sociologies pratiques*, N°16.
- Lahire, Bernard (2006). *¿Para qué sirve la sociología?*. SigloXXI, Buenos Aires.
- Massetti, Astor (2012). "Las carreras de sociología en Argentina y sus actuales desafíos", *Sudamérica: Revista de Ciencias Sociales*, N°1.
- Murmis, Miguel (2007). "Sociología, ciencia política, antropología: institucionalización, profesionalización e internacionalización en Argentina", en Trindade, Hélgio (coord.): *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, Siglo XXI, México.
- Pereyra, Diego (2007). "Cincuenta Años de la Carrera de Sociología de la UBA. Algunas notas contracelebratorias para repensar la historia de la Sociología en Argentina", *Revista Argentina de*

Sociología, N°9.

Raus, Diego (2007): "La sociología en el 'Proceso'", *Sociología en Debate*, nro.1.

Rodríguez, Laura (2015). *Universidad, peronismo y dictadura (1973-1983)*. Buenos Aires, Prometeo.

Rubinich, Lucas y Marcelo Langieri (2007). "La sociología ahora", en AAVV: *La sociología ahora*, SigloXXI, Buenos Aires.

Sidicaro, Ricardo (1993). "Reflexiones sobre la accidentada trayectoria de la sociología en la Argentina", *Cuadernos Hispanoamericanos*, Vol. 517-519.

Sigal, Silvia (1991). *Intelectuales y poder en Argentina: la década del sesenta*. Puntosur, Buenos Aires.

Svampa, Maristella (2008). *Cambio de época*. Buenos Aires, SigloXXI.

Trindade, Hélió (2007). *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*. México, SigloXXI.

Verón, Eliseo (1974). *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento: 25 años de sociología en Argentina*. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires.